

inteligencia de esta novela del noble autor que quiso, desde su juventud, establecer y cifrar su obra “en el estudio de la naturaleza, en el del hombre colectivamente considerado” y cantar “las glorias del pasado, las alegrías o tristezas del presente y las esperanzas del porvenir”.

Pedro Lastra  
Universidad del Estado de Nueva York-Stony Brook (USA)  
Res.: Augusto Villanueva 391 Dpto. 12, Ñuñoa, Santiago (Chile)  
brimar21@hotmail.com

**Stuart BROCK & Edwin MARES. *Realism and Anti-Realism*. Montreal & Kingston: McGill-Queen’s University Press, 2007, 250 pp.**

*Realism and Anti-Realism* se suma a los cerca de veinte títulos de la colección *Central Problems of Philosophy*, editada por John Shand. En esta ocasión, el propósito es introducir al lector en el debate contemporáneo sobre realismo y anti-realismo filosófico, ofreciendo quizás la primera exposición elemental de un tópico cuyo acceso ha sido restringido en buena medida a la literatura altamente especializada. Con esto en vistas, Brock y Mares ofrecen una presentación compacta de la naturaleza y de la plausibilidad de las tesis realistas y sus variadas alternativas filosóficas, centrándose prioritariamente en el escenario actual de la discusión y su aplicación a seis dominios específicos: color, moralidad, ciencia, matemáticas, mundos posibles y personajes ficticios.

La primera parte del libro consta de seis capítulos que tienen un propósito claramente dilucidatorio y se despliega sobre la base de la distinción canónica entre las tesis de existencia e independencia. La primera de éstas tiene relación con el compromiso ontológico respecto a entidades y hechos de un dominio particular; la segunda, con la objetividad (independencia respecto a nuestras mentes) de dichas entidades y hechos. Esta caracterización del debate está parcialmente asistida por algunas consideraciones adicionales asociadas a la cuestión del conocimiento (tesis de confianza e inseguridad epistémica) y al giro semántico que autores como Michael Dummett han propuesto como óptica prioritaria para abordar los problemas. En su conjunto, las distinciones conceptuales que se ofrecen en las primeras páginas permiten delinear los dos ejes temáticos que dan contenido a esta primera parte, y son de suma utilidad para configurar el instructivo esquema mediante el cual los autores sitúan alternativamente las tesis realistas y la variedad de posturas anti-realistas en oferta (teoría del error, ficcionalismo, instrumentalismo, no-factualismo, entre otras).

La segunda parte de *Realism and Anti-Realism* examina las variantes locales del debate sobre algunos dominios particulares, en otros seis capítulos independientes. El caso de la moralidad, la ciencia y las matemáticas tienen un tratamiento bastante estandarizado y no contribuyen con una óptica significativamente genuina a lo que comúnmente encontramos en manuales introductorios. El capítulo dedicado a moralidad (“Morality”, cap. 8), de hecho, enfrenta algunas dificultades. Y es que pese al intento por minimizar las distinciones conceptuales y reducirlas a algunos conocidos lemas filosóficos, los autores no logran sintetizar articuladamente la abundante variedad temática en el campo, ni mucho menos superar en claridad la bibliografía ya existente. A este respecto, la introducción de Alex Miller sobre *Metaética Contemporánea* (2003) sigue siendo un referente obligado. Aún así, el examen contribuye con un apartado bastante inédito sobre sistematización de ideales morales para fines objetivistas, tanto en su versión anti-realista (o cuasi-realista, a la Blackburn), como en su versión realista (a la Jackson vía Ramsey). Del mismo modo, la exposición sobre realismo y anti-realismo científico (“Science”, cap. 9) contribuye con un interesante apartado sobre la filosofía experimental de Nancy Cartwright y Ronald Giere, mientras que el capítulo sobre matemáticas (“Mathematics”, cap. 10) ofrece una genuina discusión acerca del naturalismo de Penelope Maddy y –más interesante aún– del ficcionalismo de Hartry Field y su programa de nominalización.

Mejor suerte corren los capítulos en torno al color, mundos posibles y personajes ficticios (“Colour”, cap. 7; “Possible worlds”, cap. 11; “Fictional characters”, cap. 12). El primero de ellos es el que más se acerca a tópicos relacionados con la percepción y es la muestra más instructiva que ofrece el libro en su conjunto. En él, y luego de esbozar la formulación básica de una teoría del error, Brock y Mares evalúan las alternativas realistas y anti-realistas en virtud de la relación (causal o conceptual) entre colores y experiencia. Particularmente nítidas resultan a este respecto las objeciones presentadas al realismo reductivo (microfísico y disposicionalista) y el examen de las tesis de Johnston en torno a conceptos dependientes de respuesta humana, las cuales parecen ser una variante disposicionalista bastante sensible a muchas de nuestras intuiciones no controversiales sobre el color, como de hecho lo sugieren los autores. El capítulo undécimo, dedicado a mundos posibles, parte por ofrecer una síntesis bastante general del realismo modal, delineando las tesis ontológicas y conceptuales distintivas de éste, para luego evaluar la posición más radical de Lewis, según dos factores relevantes: la utilidad de su hipótesis para efectos de un análisis reductivo de nociones filosóficas como “posibilidad” y “necesidad”, y los costos ontológicos de dicha postura. Centrando la atención en la objeción de la parsimonia

ontológica y la consecuente respuesta de Lewis (según la cual el compromiso ontológico realista es poco parsimonioso sólo en un sentido cuantitativo, pero no cualitativo), Brock y Mares logran identificar la tesis distintiva de lo que ellos califican como “realismo concreto”: la creencia de que hay *más* mundos, pero *no* mundos de otro tipo. El resto del capítulo ofrece una síntesis de las alternativas filosóficas a esta tesis radical, las cuales pretenden asumir un costo ontológico menor y un poder explicativo que justifique un rechazo del realismo de Lewis. Las estrategias a este respecto son variadas y están claramente resumidas. Una postura particular —a la que Brock y Mares dedican el retazo final del mismo capítulo undécimo— consiste en adoptar una actitud anti-realista y suscribir la idea de que las nociones modales pueden ser analizadas sin referencia a mundos posibles, tomando los operadores modales como componentes primitivos. Los mundos posibles, bajo esta óptica instrumentalista, serían meros recursos heurísticos, mediante los cuales obtenemos ciertas ventajas teóricas, las cuales en ningún caso debiesen obligarnos a abandonar nuestras intuiciones no-cognitivistas respecto al dominio en cuestión. En este contexto, la exposición Brock y Mares es particularmente clara en explicitar las razones técnicas de por qué es necesario, en las versiones modalistas, auxiliar al lenguaje lógico con un operador modal “A” para “actualmente”, como, también, en señalar las trabas persistentes para expresiones modales como contrafácticos, cuantificación numérica, comparativos modalizados y superveniencia (las cuales sí son expresables en el lenguaje de mundos posibles, sin proliferación de componentes primitivos). Si bien la exposición está, en general, bien lograda, la economía del texto es algo mezquina y no siempre permite apreciar las aristas técnicas que reviste el programa de un lenguaje modal (para dicho propósito el lector interesado puede recurrir al excelente *Modality* (2003) de Joseph Melia, en esta misma colección, con seguridad la mejor introducción al tópico). Hacia el final del capítulo Brock y Mares incorporan una variante anti-realista de mucho interés (que no aparece en Melia) y que cierra la exposición respecto a mundos posibles: el ficcionalismo de prefijo propuesto por Rosen, que ofrece un análisis genuino, pero no del todo reductivo, de las nociones modales, inspirado en los análisis de prefijo tipo en el ámbito de la ficción, los cuales se detallan en el último capítulo del libro dedicado justamente al dominio de los *fictionalia*.

El dominio en cuestión nos sitúa frente a personajes tan conocidos como Sherlock Holmes y Charlie Brown. Para dar cuenta de la postura realista, los autores distinguen dos de sus tesis fundamentales y dos tipos de enunciados en los que estas se aplican. Ambas tesis configuran una postura minimalista y otra robusta respecto al dominio: la tesis ontológica de que hay personajes ficticios, los cuales son “cogidos” por nombres o descripciones

introducidas en las obras de ficción; y la tesis sobre la objetividad o independencia de estos personajes respecto a nuestras actitudes, prácticas lingüísticas y esquemas conceptuales. Los enunciados en cuestión pueden ser de tipo ficticio (enunciados sobre el contenido de alguna obra de ficción literaria, como “Hay un famoso detective que vive en 221b de Baker Street”) y de tipo crítico (enunciados que encontramos usualmente en el contexto de la crítica literaria y que son verdaderos en virtud de los enunciados ficticios, como “Holmes simboliza la incesante búsqueda de la humanidad por la verdad”). Como es de suponer, la posición estándar del anti-realista respecto a un enunciado ficticio “x” es que este es verdadero sólo si se lo concibe como una elipsis de una oración ficticia explícita, cuyo prefijo permite obtener una oración compuesta del tipo: “De acuerdo a la ficción tal y tal, x”. La dificultad para el anti-realista, sin embargo, reside en que no puede ejecutar el mismo parafraseo para los enunciados críticos: un enunciado compuesto del tipo “De acuerdo a la novela de Kerouac, Dean Moriarty es el personaje mejor logrado de la literatura beatnik” es falso. Y a este respecto, los autores ponen la demanda del lado anti-realista: se debe ofrecer un examen uniforme y sistemático de los enunciados en cuestión.

A partir de este punto, Brock y Mares hacen una revisión de las tesis básicas de una teoría del error, para dar paso a un clarificador análisis de los enunciados negativos de existencia y las posibilidades aún abiertas para el realismo, en sus variantes concreto (defendida por Parsons y Lewis) o abstracto (una postura realista más conservadora). Por otra parte, la Teoría del Artefacto (TA) que sostiene Thomasson pone en duda los supuestos objetivistas del realismo, sobre la base de consideraciones bastante intuitivas y relacionadas con la cuestión de la dependencia específicamente metafísica de los personajes ficticios, en cuanto artefactos abstractos de existencia contingente. Sin embargo, lo que entrapa a realistas o constructivistas sociales es la ya mencionada dificultad del parafraseo, lo cual constata que una postura realista no efectúa, finalmente, un avance significativo respecto a una postura teórica que niegue de lleno la existencia de personajes ficticios. Más aún, otras variantes de anti-realismo (examinadas en los apartados finales del libro), como son los ficcionalismos de prefijo y no-cognitivist, parecen superar esta dificultad particular. En el caso del no-factualismo, los enunciados ficticios no son concebidos como enunciados aseverativos, sino como actos de habla que expresan imperativos implícitos, los cuales ordenan a una audiencia fingir que se cree en el contenido ficticio en cuestión. La variante no-cognitivist, en cambio, afirma que no hay, en sentido estricto, creencias involucradas: cuando cuento una historia, hago como si estuviese reportando algo del mundo real (y no reporto realmente algo de un mundo ficticio). Bajo esta óptica, sería perfectamente posible someter los enunciados

de tipo crítico al mismo modelo, lo que trae como *addenda* un instrumentalismo respecto a la información transmitida en este tipo de enunciados.

En su conjunto, el libro de Brock y Mares es de suma utilidad para quien pretenda obtener una visión compacta e introductoria de un debate tan ubicuo para la filosofía de ayer y de hoy, como el que han desplegado realistas y anti-realistas. Los ejemplos utilizados por Brock y Mares suelen ser claros y las distinciones conceptuales no llegan a ser excesivas. Si bien, a veces se concede demasiada neutralidad a la exposición, Brock y Mares logran entregar los elementos básicos para que el lector pueda desarrollar, con las lecturas recomendadas, una visión más crítica. Creo que si hubiese que escoger un dominio ausente o insuficientemente tratado, este sería el del significado: es casi insólito que los autores hayan ignorado toda la bibliografía reciente sobre anti-realismo semántico, incluyendo su variante no-factualista. Y es que si bien es correcta la exposición sobre Dummett en un breve apartado del capítulo sexto (“Dummett’s verificationism”) se ignora, en gran medida, las incidencias más interesantes de su programa (centrales para el desarrollo de la Filosofía del Lenguaje actual) como así, también, el debate más reciente sobre escepticismo semántico. Con todo, y considerando los beneficios de la economía impuesta, *Realism and Anti-Realism* —reseñado aquí para los hablantes de lengua española— logra una compacta y correcta exposición, cumpliendo plenamente lo que se propone: ser una buena introducción a un tópico transversal de la filosofía contemporánea.

Pablo Fuentes  
Universidad Andres Bello  
Departamento de Artes y Humanidades  
Res.: Fernández Concha 700, Las Condes, Santiago (Chile)  
pfuentes@unab.cl